

María en el Antiguo Testamento¹

La revelación bíblica comienza con la iniciativa de Dios de crear al hombre y al mundo para hacerlos partícipes de su amor. Todo lo existente sale de sus manos y todo es bueno. El universo entero es fruto de esta poderosa comunicación de amor.

Especialmente el hombre es objeto de su acción creadora. Lo hace a su imagen y semejanza, capaz de dialogar con Él, de comunicación con sus semejantes y de dominio sobre las cosas. Lo invita y hace vivir en Alianza.

1. Insinuada proféticamente (Gen 3, 15)

Este pacto de amor es roto por Adán y Eva en un misterioso acto de libertad. Bajo el influjo del demonio —significado por la serpiente—, dan así inicio a la historia del pecado y de la muerte².

Pero Dios es reiterativo en su amor. Anuncia la salvación. Habrá enemistad perpetua entre el demonio y la mujer, y entre los linajes de ambos³. Esa lucha la definirá un hijo de la mujer, que derrotará para siempre el poder del demonio, ser hostil a Dios y enemigo del hombre. De allí que este pasaje bíblico sea llamado "Protoevangelio": primer anuncio de la buena noticia.

Pasarán los siglos antes de que haya plena luz en la interpretación de este anuncio misterioso. Sólo cuando se hace efectiva la salvación se comprende la promesa primera. El Redentor es Cristo y su modo concreto de victoria es convertirse, naciendo una mujer, en miembro del linaje humano, para rescatarlo así del poder del pecado. Cristo es el nuevo Adán, cabeza de una humanidad recreada en la Alianza con Dios.

El significado de la mujer que menciona el pasaje bíblico es múltiple. En primer lugar se refiere a Eva, la interlocutora de la serpiente en todo el capítulo 3. Como sentencia de castigo, ella y su descendencia —toda la humanidad— serán hostigadas por el poder del demonio.

Pero no se agota allí el significado; se alude también al triunfo de la mujer sobre la serpiente. Esto ciertamente no se realizó en Eva, quien fue tentada y derrotada por el demonio. En sentido pleno, esto se realiza en María, cuya descendencia —Cristo— vence al demonio para siempre. Así lo interpreta el Concilio al afirmar que María "es insinuada proféticamente en la promesa de victoria sobre la serpiente, dada a nuestros primeros padres caídos en pecado"⁴.

Ya desde el siglo II se consideró a María como la segunda Eva, antítesis de la primera; María, unida estrechamente al nuevo Adán, por su fe y su obediencia, cooperó en nuestra generación a la nueva vida y a liberar al mundo del poder del demonio. En una expresiva afirmación de Pío IX, Cristo y María tienen "idénticas enemistades"⁵.

La lucha comenzada en el paraíso atraviesa toda la historia de la humanidad. Desde entonces existe la dramática lucha entre el bien y el mal, entre el amor y el odio, entre la verdad y la mentira. Esto es evidente para quien mira lúcidamente su realidad personal y la ajena. La revelación bíblica pone en evidencia las causas más hondas de esa lucha: la existencia del demonio y del pecado, su marca en el mundo desde la caída de Adán y Eva, En esa lucha María será señal de victoria. De ella saldrá el Redentor. Ambos constituyen el fundamento firme para la esperanza de la humanidad.

Todo el Antiguo Testamento es una lenta preparación hacia la realización de la promesa de salvación. "Vendrán días..." es el tono dominante de su anuncio. En esos siglos de espera. Israel transitó los caminos del Dios de Alianza, recibió la Palabra y

¹ Parte del Cap II de: STRADA, ANGEL; *María y nosotros*; Claretiana; 1989. Páginas 33-38

² Para la consideración de la obra del demonio en el mundo Gaudium et Spes 13 y 37. También en Puebla 185, 186, 281, 328, 517 y otros

³ "Tu linaje..." puede indicar no solo toda la posteridad (como en Gn 13,15 y 22,17), sino también un individuo concreto (como en Gn 4,25 y 21,23)

⁴ Lumen Gentium 55

⁵ Pío IX, Bula Ineffabilis Deus, 8/12/1854

penetró en su sentido. Fue una historia tejida en la fidelidad y también en la ruptura. Dios fue revelando paulatinamente perfiles de su obra salvadora y con claridad siempre creciente mostró la figura del Redentor. Es el sentido de la profecía de Isaías.

2. Una virgen concebirá (Is 7,10-14)

La profecía tiene un contexto histórico determinado. En el año 736 los reyes de Israel y de Aram se unen contra Asiria. Ajaz, rey en Jerusalén, aconsejado por Isaías, no acepta entrar en la coalición. Ante esta negativa es sitiada Jerusalén. El rey llama entonces en su ayuda a Asiria. Isaías, en nombre de Yahveh, se opone a este recurso, porque significa recurrir a la ayuda de dioses extraños. Para convencerlo de la verdad de su consejo, el profeta ofrece al rey un signo milagroso.

Ajaz reacciona con una evasiva: no quiere tentar a Dios, pero la realidad es que no quiere cambiar sus planes. El profeta le anuncia que, por su falta de fe, Dios mismo le dará una señal de gozo y de castigo: una doncella ha concebido y va a dar a luz un hijo: le pondrá por nombre Emmanuel, que significa "Dios con nosotros".

La señal tiene una concreción inmediata: el nacimiento del hijo de Ajaz, el futuro rey Ezequías. Ezequías es efectivamente un rey piadoso y durante su reinado se produce la liberación de Jerusalén.

Pero más allá de esta concreción histórica próxima, todo el oráculo —su solemnidad, el nombre simbólico del niño— indica que el profeta anuncia la intervención decisiva de Dios en la realización de su promesa mesiánica. Será un niño que ha de venir —el Dios con nosotros— y la "señal" de lo extraordinario del acontecimiento es que una doncella virgen lo dará a luz. El término original hebreo —almáh— designaba a una mujer joven, sin especificar más. La traducción griega posterior precisará que es virgen. Con ello no adultera el original, sino que aclara su sentido, porque en la mentalidad de aquel tiempo una mujer joven es sinónimo de mujer virgen. Esta equivalencia está reforzada y se repite en otros pasajes bíblicos⁶.

La profecía de Isaías se realiza plenamente en María. El Evangelio mismo lo proclama así⁷. Y lo profesa la fe de la Iglesia: "Ella es la Virgen que concebirá y dará a luz un hijo, cuyo nombre será Emmanuel."⁸

Pocos años después de este mensaje de Isaías, el profeta Miqueas reiterará, en términos muy semejantes, el anuncio de la salvación, puntualizando que en Belén: "Mas tú, Belén-Efratá, aunque eres la menor entre las familias de Judá, de ti ha de salir aquel que ha de dominar en Israel y cuyos orígenes son de antigüedad, desde los días de antaño. Por eso Yahveh los abandonará hasta el tiempo en que dé a luz la que ha de dar a luz. Entonces el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel. El se alzará y pastoreará con el poder de Yahveh, con la majestad del nombre de su Dios. Se asentarán bien, porque entonces hará El grande hasta los confines de la tierra."⁹

3. La Hija de Sión

Todo el Antiguo Testamento es la historia de la promesa de salvación, y la esperanza de su realización. En textos el Pueblo escogido —portador de la promesa— aparece personificado simbólicamente en una mujer, la Hija de Sión, en quien se condensa toda la expectación y la que sirve para describir las relaciones personales del Dios de la Alianza con su Pueblo. La figura utiliza el nombre de la ciudad santa para designar a un pueblo llamado a la santidad.

⁶ Ver Gn 24,23; Sal 68,26; Cant 1,3. Para la interpretación del pasaje ver la correspondiente nota en la Biblia de Jerusalén.

⁷ Ver Mt 1,22-23

⁸ Lumen Gentium 55

⁹ Miq 5,1-3

Esta imagen representa muchas veces al pueblo que el anuncio gozoso de su liberación definitiva: "¡Lanza gritos de gozo, hija de Sión, lanza clamores, Israel, alégrate y exulta de todo corazón, hija de Jerusalén! Ha retirado Yahveh las sentencias contra ti, ha alejado a tu enemigo. ¡Yahveh, Rey de Israel, en medio de ti, no temerás ya ningún mal! Aquel día se dirá a Jerusalén: ¡No tengas miedo, Sión, no desmayen tus manos! Yahveh tu Dios está en medio de ti, ¡un poderoso Salvador! Él exulta de gozo por ti, te renueva por su amor: danza por ti con gritos de júbilo, como en los días de fiesta."¹⁰ La habitación de Dios en medio de su pueblo es el motivo de la alegría mesiánica. Estalla cuando se produce la salvación, en ese día señalado por Dios para una Alianza definitiva. De un pueblo agobiado, Dios hará entonces una nación robusta, desde el monte Sión reinará para siempre.¹¹

Un segundo matiz de esta personificación simbólica consiste en el desposorio de Yahveh con la Hija de Sión, revelación de los lazos de amor exclusivo que quiere establecer el Señor con su pueblo: "Porque como se casa joven con doncella, casará contigo tu edificador, y con gozo de esposo por su novia se gozará por ti tu Dios".¹²

La Hija de Sión es, además, la personificación de una Madre de Salvación en el dolor y la tribulación. Porque el pueblo será preparado para recibir la salvación sufriendo la invasión de los enemigos y la deportación a tierras extrañas¹³.

Todos estos rasgos de la promesa de Dios y sus efectos en el pueblo elegido se aclararán y obtendrán su significación plena en el Nuevo Testamento, tiempo de realización de la salvación. La personificación simbólica se vuelve entonces realidad concreta: María. "En fin, con ella, excelsa Hija de Sión, tras larga espera de la promesa, se cumple la plenitud de los tiempos y se inaugura la nueva economía, cuando el Hijo de Dios asumió de ella la naturaleza humana para librar al hombre del pecado mediante los misterios de su carne."¹⁴

María es quien recibe el anuncio gozoso de nuestra liberación definitiva, es la mujer habitada por Dios y desposada para siempre en el amor exclusivo, es la Madre que nos genera en el dolor para transformarnos en el nuevo Pueblo de Dios. Ella es la Hija de Sión.

¹⁰ Sof 3,14-14. Ver también Miq 4,9s; Joel 2,21-23

¹¹ Ver Miq 4,6s; Is 49,13-15

¹² Is 62,5

¹³ Ver Miq 4,10; Jer 4,31; 6,2

¹⁴ Lumen Gentium 55